

CONTRA EL EGUREN QUE NO ES

Jorge Díaz Herrera

1874-1942: ciclo vital de José María Eguren. La tragedia de la guerra con Chile nos sume en una larga y dolorosa convalecencia. Los caudillos se culpan mutuamente de derrotas y traiciones. El arte y la política se encuentran como aliados naturales. El retumbante mensaje de González Prada se extiende desde el Ateneo, el teatro Olimpo y el Politeama como una vibración contra los culpables del desastre: un alegato a favor del honor herido. Los obreros textiles, portuarios, mineros, petroleros, campesinos, panaderos, tipógrafos, cañeros, ferrocarrileros, tranviarios, choferes dan inicio a sus organizaciones que, a sangre y fuego, van germinando indetenibles. Al héroe militar le sucede el héroe civil, el mártir, el líder obrero. Ahí están las huelgas, los paros, las violentas represiones o agitación social constante, abrasadora: Vitarte, el Callao, Lima, Morococha, Casapalca, Talara, Negritos, Lobitos, las haciendas azucareras del Norte, Llacán... El poder emplea la matanza, el apresamiento, el destierro, el chantaje como instrumento contra las masas trabajadoras.

Pedro de Acero:

Pica, pica
la metálica peña
Pedro de Acero.
En la sima
de la obscura guerra
del mundo ciego.
Pesarosas,
como trenos y llantos,
se sienten voces.
De hora en hora
los primitivos salmos
y maldiciones.
Blondo el día
y el compás de la guzla
lejos, muy lejos.
Que en la mina,
más poderoso, lucha
Pedro de Acero.

Más de veinte presidentes de la República pasan por Palacio de Gobierno: desde breves permanencias hasta una larga estada de quince años. Levantamientos, conspiraciones, asesinatos se suceden unos a otros. La insurrección Aprista. Las insurgencias civiles y militares. El Poder es un trofeo arduamente disputado. Pero entre aquella turbulencia las masas trabajadoras logran algunos de sus propósitos: comités de defensa, federaciones obreras y campesinas, publicaciones, congresos, confederaciones. Surge la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP). Es el momento del nacimiento de partidos políticos: Mariátegui funda el Partido Socialista, que más tarde se convertiría en el Partido Comunista del Perú. El Partido Aprista Peruano. La Unión Revolucionaria, encabezada por Luis A. Flores, quien se declara fascista y llega al poder con la elección oficial de Sánchez Cerro... Bastaría hacer un recuento cronológico de los acontecimientos políticos-sociales comprendidos entre el 900 y el 940 para tener una idea clara del asunto. A ello habría que agregar las guerras con Colombia, con Ecuador. La concesión de territorios a Colombia, Brasil, Bolivia, Chile.

¿Y los artistas? ¿Y los intelectuales? Repasemos: el movimiento Colónida, el cenáculo de Amauta. Los nombres de Palma, González Prada, Chocano, Mariátegui, Valdelomar, Falcón, Zulen, Vallejo... Las voces nuevas contra el conservadorismo más disparatado y rancio. Años tumultuosos y violentos. Y todo aquello entretejido con la catarsis colectiva de las estridentes festividades carnavalescas. El apoteosis palaciego de las viejas cortes europeas, de las virreinales era vivido en los multicolores carros alegóricos paseantes de reinas, princesas, príncipes, bufones, ángeles: una nobleza fantástica e irrisoria que animaba el corso por las calles de Lima.

La Comparsa:

Allí, van sobre el hielo las figurantas
sepultando en la bruma su paranieve,
y el automóvil rueda con finas llantas
y los ojos se exponen al viento aleve.

Allí están con la risa multicolora
cascabeles felices de la locura,
y al poniente fluctúa luz incolora,
y las méganos ciñe la nieve oscura.

Allí pasan los bellos claros semblantes
a la luna del alma, la luna muerta;
las que vimos festivas formas galantes
se pierden en las luces del alba incierta.

La amarilla corneja llora en la nieve
y en un sueño fenece su grito alado;
hoy seguir la comparsa nadie se atreve
por que aquella alegría no ha regresado.

El son de los diablos bailando al ritmo de sus cajas y osamentas de asno: todos vestidos de rojo, de terror, de gruñidos. Las batallas de pica pica, de talco, de betún, de agua, de anilinas, de perfumados chisguetes, de torpedos... El señor Presidente, elegante, risueño, abierto echando serpentinas desde su balcón. Los antifaces. La comparsa de los innumerables grupos de disfrazados caminando ruidosos por las tardes al Municipal, al Parque de la Exposición, al Palais Concert con sus Damas Vienesas, a la plaza de Barranco: escenarios acondicionados especialmente para la danza y el jolgorio. Un muralesco retablo viviente con figuras evocadoras de tiempos idos, de mitos, de imaginiería. El pueblo hacía del oropesco mundo cortesano un disparate para convertirse en él y divertirse con él. Luego el momento de la despedida, el cierre de la fiesta, la sordina del estruendo. Los Ño Carnavales saliendo de quintas, de callejones, de residencias, de barrios enteros en hombros rumbo a la hoguera. Luego el ruido se apagaba tras el miércoles de ceniza enbetunado de corcho quemado. Resucitando apenas, para morirse luego, en el día de la vieja. ¿Dónde terminaba la realidad y dónde empezaba la fantasía? ¿Dónde la fe de la Lima pacata y dónde la conducta pagana? En este mar de controvertidos oleajes el Perú, y en especial Lima, transitaba por un doloroso, alegre, real e irreal camino. ¿Cuántas veces el tirano de turno fue ridiculizado en uno o en tantos de los muñecos carnestolendos? Lima alternaba entre la guerra y la fiesta. Años de vorágine, de convulsión, de estallido.

¿Y Eguren? ¿Un poeta pequeñito, arrugadito, un viejito de andar menudo de enanito musical? ¿Abstraído de su contorno histórico? Lo han envuelto en tanta niebla falsa que resulta inevitable despejar el panorama. Partamos, por ejemplo, de **"Pedro de Acero"**: Un canto hermoso al obrero, al trabajador de las minas, al que taladra el metal de las rocas en la obscuridad de los socavones: "En la sima de la obscura guerra/del mundo ciego". El mundo que está sobre Pedro resulta aún más tenebroso que las propias profundidades de la mina. El protagonista transita entre la sumisión, la esperanza y sus rebeliones. "De hora en hora/los primitivos salmos/ y maldiciones". Mientras el día rubio, color de oro "y el compás de la guzla/lejos, muy lejos". Pero a pesar de las voces quejumbrosas como trenos y llantos y de la ceguera del mundo de arriba, el poeta concluye con la imagen altiva, heroica, erguida, imbatible del protagonista, del héroe. "Que en la mina/ más ponderoso, lucha/ Pedro de Acero". ¿Hay algo ahí que nos haga pensar en un poeta-hombrecito asustado, fugitivo de su responsabilidad social? Absurdo. Ahí hay voz de poeta-hombre crítico, con la espada desenvainada. ¿Por qué pues entonces las opiniones aplantilladas se han empecinado en presentarnos a un Eguren angelical, asexuado, habitante y habitado de lejanas leyendas, de mundos irreales y fabulosos? Tal vez por esa inclinación típicamente criolla de teñir con la anécdota biográfica del creador la vertiente psicológica de su creación. Quién lo sabe. Sin embargo, con **"Pedro de Acero"** se pudiera pensar en un brote poético de Eguren aislado, extraño a la generalidad de su obra poética: lo cual también sería falso. La poesía de Eguren es un aguijón que hinca constante, efectiva, irreductiblemente. En ningún momento pierde su punta la aguja. Ni siquiera en el desarrollo de temas de aparente trivialidad como **"La Comparsa"**: poema en el que se refiere a un conjunto de jóvenes de bellos y claros semblantes que van celebrando bulliciosa y alegremente el carnaval en un fino automóvil. ¿Por qué designa a aquéllos como "cascabeles felices de

la locura"? ¿Por qué la luna de sus almas es una luna muerta? A buen entendedor pocas palabras. Bástenos leer frente a frente este poema y "Pedro de Acero". Aquí no hay escapismo, ni cosa parecida. Poema de personajes antagónicos contra los cuales el poeta dicta sentencia. Preciso es retornar a Eguren para mirarlo de nuevo: arrojando a un lado la humareda de incienso que se le ha echado encima. ¿Quitarle el sahumero para que surja el hereje? No, simplemente leerlo fuera del contexto de poeta pueril con el que se lo ha disfrazado.

Veamos "Blasón", breve poema de dieciséis versos: la desventura de una niña acosada por el más alto dignatario del linaje palaciego, "el Duque", a quien el poeta califica "de los halcones", señalándolo como un ave rapaz, lo cual se evidencia en el contexto del poema: "A niña que dulces amores sueña/ la persigue el Duque de los halcones". Eguren entra así al fondo del asunto, sin preámbulo ni rodeo algunos. Ella, un ser soñador, desvalido, una criada de palacio: condición que se advierte con "las fablas de la dueña", mujer de clase inferior que guardaba de las demás criadas en las casas de los grandes señores; también con el "miriñaque", nombre que se daba al zagalejo: falda corta y vueluda, generalmente de paño o bayeta, que usaban las mujeres de los pueblos encima de las enaguas. El, un ser poderoso, de elevadísima estirpe. "Y si no mienten las fablas de dueña,/ se acercan doradas tribulaciones". El paisaje donde se desenvuelve el argumento va integrándose a la historia como un personaje más, creando el clima conveniente para la culminación del abuso, del zarpazo: roja almena, canto del autillo, la urraca... La protagonista se encuentra en uno de los prismas de la fortaleza, rodeada de aves de rapiña. Allí, sola, con sus ojos azules como el agua, a los que el poeta llama "ojos zarcones", derivación fonética que evidencia un estado de asombro, de terror, de sobresalto. "En la roja almena canta el autillo/ y con miriñaque beldad se asoma/ y tiene encendido el dulce carrillo,/ murmura y tiembla como la paloma". El destino está definido: el perseguidor un halcón, la perseguida una temblorosa paloma. Luego no quedará ni siquiera la urraca. La niña terriblemente sola con sus miradas puestas en "la aspillerá", esa abertura larga y estrecha del muro por la cual disparaban los defensores. "La urraca se oculta. La niña mira/ con sus ojos zarcones la aspillerá/, ya con aliento de rosa suspira,/ ya el cintillo descoge lastimera". Se ha consumado el hecho: queda la víctima como una rosa lastimada o como una mujer ultrajada con el cintillo suelto. En la estrofa final, como una grotesca comparsa (esa comparsa carnavalesca que casi siempre está presente en los poemas de Eguren) aparece la corte: una corte degradada, insulsa, repulsiva, quebrada: "Vienen la coja reina y los nobles;/ raudo el Duque procura alejamiento;/ pero las ayas de los fustes dobles,/ la aurora predicen del sufrimiento". ¿Las ayas de los fustes dobles? en sus diversas acepciones, fuste también significa, en sentido figurado, nervio, temple. Sólo las ayas de fustes dobles anuncian la aurora del sufrimiento: el inicio del dolor por venir: "Blasón", resulta así un título paradójico, irónico, en contrapunto con el sentido del poema. "Blasón": el honor, la gloria, la alcurnia de los linajes. ¿Eguren tan sólo manifiesta un deleite estético en estos versos? ¿Y la conducta moral, el principio ético de quien construye, refiere o lee una historia así no cuenta para nada? ¿Un Duque que viola a una niña y huye como un cobarde abandonando a su víctima no nos dice nada? ¿Por qué una reina coja? ¿Acaso un eufemismo? ¿Acaso una candorosa venganza del poeta contra la crueldad, el abuso de un mundo degradado o de la degradación de un

mundo o contra el poder abusivo y casi invencible que da rienda suelta a sus pasiones a costa del sufrimiento, del dolor del débil?. Para su tiempo, una fábula o una leyenda pero, para su tiempo y también para el nuestro, un mensaje que trasciende el contorno meramente poético. Un alegato a favor de la justicia social. Una protesta. Un reclamo. Un golpe contra el decadentismo de un mundo cortesano. Difícil entenderlo de otra manera.

La tendencia de la poesía egureneana asume cimera claridad en el poema de nombre y tema semejantes al cuadro de Goya: *"El Pelele"*. Unas blondas y alegres muchachas se divierten manteando a un muñeco de carnaval: "Las princesas rubias al triste pelele/ festivas marean en cálida ronda". Eguren, animizador nato, vislumbra en aquellas imágenes el frívolo y despreocupado festín de unas linajudas jóvenes a costa del sufrimiento de un miserable. El muñeco cobra vida "y loco se duele", llegando en el colmo de su humillación a hacer bailar su corcova al compás de los cascabeles: "veloz acompasa la giba redonda/ y los cascabeles, la turbia mirada,/ la nez purpurada". La trillada escena del bufón carcajeándose por fuera, mientras se desgarrá de dolor por dentro. La ridícula tragedia del desvalido en manos del gran señor, en este caso. Las rubicundas señoritas, "Las gentiles (que) lucen divinos destellos,/ ... con risa ideal;". Pero que el poeta, tomando posición en el drama, las designa como "princesas del mal". El ensañamiento, la denigración contra el infortunado no tiene cuando acabar. Incluso, al llegar las luces del crepúsculo, el pobre pelele que "baila temblando de horror" recibe un gesto nada digno para cualquier varón. "Cuando centellea la luz colorada,/ le dan al pelele la zumba palmada". Todo entre el alboroto de la risa, de la música tierna, de los azulinos y purpúreos colores. Hoy, bien podríamos llamarlo una lograda escena fellinesca. Un mundo donde el contraste de los contrarios resulta lleno de excesivo pero eficaz recargo. "La música dulce, lilial de Dinorah,/ el canto del cielo; Mireya que adora,/ y el son matinal,/ de los provenzales la dicha, la calma;/ y el pobre pelele se muere del alma,/ de escondido mal". La posición del poeta latiguea inflexible contra aquella situación. Incesante. Reiterativo. Interminable. Sin aparentemente decirlo, lo dice hasta la saciedad. El juez que exige y exige la reconstrucción del delito para que quede bien en claro, ante los ojos de todos, la culpa del culpable. "Las princesas rubias pasaron el día/ cantando placeres con la tristecía/ en la rondinela de la juventud;/ y en el gorigori llevando sin duelo,/ del pobre pelele caído en el suelo,/ el triste ataúd". ¿En el gorigori llevando sin duelo? Gorigori: voz con la que el pueblo remeda el canto lúgubre de los entierros. ¿Y las princesas rubias? Tan igual como siempre, sin la menor pena: "llevando sin duelo" la muerte del que las hizo alegrar, "princesas del mal". Voz altísima la de Eguren. Posee el sonido vibrante de los mensajes estéticos que, sin pretender ser nada más que poesía, tampoco rehuyen la presencia del drama social, el compromiso real de quien se sabe, de uno u otro modo, un ser activo y, por consiguiente, responsable, protagonista del acontecer social, de la vida que lo rodea y de la cual el rodeado también forma parte. En cuanto al *"Pelele"*, pintado por Goya y escrito por Eguren, bien valga la circunstancia para hacer notar que Eguren y Goya se parecen en el conjunto de su obra. Universo de formas y tonos donde la realidad se presenta en sus más antagónicos contrastes: desde la más luminosa y dulce claridad hasta los grises más siniestros y terribles; desde la imagen tersa y candorosa hasta las formas más grotescas y repugnantes. Del sonrojado y ru-

bicundo rostro de las princesas hasta el dantesco y tétrico mundo del aquelarre. Los rojos encarnados, purpúreos... Los verdes grises. El brillo. La oscuridad. La figura clara. La imagen incierta. El carnaval. Goya, aquel maestro de la pintura moderna, atormentado y tumultuoso: el de las vírgenes, los vagabundos, los toreros, las majas de la corte, las majas del pueblo, los niños, los bellos campos, los seres mitológicos, las figuras siniestras, el de la vida y la muerte. Pintor de ironía mordaz, de sátira contundente, de simbolismos profundos. Buen discípulo de Velázquez, Rembrandt, de la Naturaleza... Retratista y caricaturista terrible. Y Eguren, el del universo poblado de abigarradas y grotescas cortes, de pompas ostentosas, de destinos fatales, de multitud de símbolos, de alegorías. Eguren el de las princesas, los reyes, los castillos, los lacayos, los pobrediables, los varones y las mujeres del pueblo, y también el de la sátira, la ironía lapidaria, la insatisfacción permanente. Goya y Eguren son aliados naturales. Visiones panteístas y atormentadas. Deslumbramientos mágicos. Documentalistas y caricaturistas. Eguren antes de escribir pintó y luego siguió siendo pintor y poeta. Goya aspiraba lograr una pintura de impresiones, libre de imágenes; Eguren, una poesía de sensaciones. Los dos transitaban por el lenguaje sensorial. Ambos se deslizaron entre el más concentrado expresionismo y el más elocuente impresionismo. ¿En cuántos versos de Eguren encontramos a Goya, sin que el poeta manifieste la menor intención de ocultarlo? ¿Eguren bebió de la pintura más que de la poesía para escribir su obra? La respuesta es elocuente. Eguren pintor y poeta y poetapintor. Agresivo y demoleedor caricaturista, hasta el ensañamiento, del mal social. Responsable y coherente. Tenaz y fiero. Fabulador de su realidad. Elude burlescamente el riesgo de ser descubierto como el victimario de sus víctimas, desfigurándolas hasta el misterio, disfrazándolas con la mordacidad más refinada. Y no le fue mal en tal propósito: muchos cayeron en la coartada, llamándolo, entre otras cosas, recalcitrante soñador de historietas pueriles, fantásticas, poeta abstraído de su contorno social... La piedra rodada desató el alud y semejantes apreciaciones brillaron por mucho tiempo.

Llamarlo así a él, al que además de los poemas referidos, se atreviera, nombrándola "*Hesperia*", a la usanza de los antiguos romanos, decirle a España, la *Madre Patria*: "¡Lámparas de la abadía!.../. Cómo me siguen con murientes ojos,/ con las cruces azules/ y pensamientos rojos". ¿España una tétrica abadía, unas lámparas o unos ojos fiscales: por fuera azul cielo y por dentro lo contrario? ¿España la peruana, la del criollo, la del color importado, la de Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos dejes caer en el mal: pero diciéndolo desde el trono de acacitados reyezuelos, es decir desde el mal mismo?" En la bóveda han llorado;/ la locura se pierde en el vacío..." Lianto y locura en proporciones infinitas. "¡Háblame Hesperia!/ oigo tu llanto frío". Para luego reiterar en los versos finales: "¡Oh amor ensueño!/ Oh, la pregunta muerta!" ¿Hesperia, es decir España, una muerta a quien se le pide que hable, un amor falso, de sueño, un interrogante absurdo, una esperanza yerta?" Las lámparas me miran/ otra vez; en el templo hay una fosa/ que los chispeantes ojos/ señalan, tenebrosa". Los ojos fiscales agudizando, repitiendo sus miradas o advertencias amparándose en la parte más débil del humano: su temor a la muerte. Cómo no habrían de resentirse los Riva Agüero, los Clemente Palma, los García Calderón... Los señores tradicionalistas, los que premiaron al poeta de "*Hesperia*" con la cobarde censura del silencio. Eguren poeta insubor-

dinado contra la bufonería cortesana, contra el conservadorismo academicista y remiso a la apertura, contra lo establecido fuera de tiempo en su tiempo. Irreverente. Irrespetuoso de la pseudohispanidad imperante como norma de la seudoburguesía que no se acostumbra a la ausencia de su Madre Patria. Ojo alerta. Pero también, y esto no sólo por "*Hesperia*", irreverencia anticlerical, cauta blasfemia, disconformidad con la solemnidad aplastante del ritual litúrgico. Recordemos a su "Diosa ambarina": ¿Quiénes son "los vampiros blancos"? Expresión lapidaria con la que el poeta designa a aquellos grotescos personajes que "llegan viejos y zancos, en sus mamelucos". Y que luego "Por el templo de las marañas/bajan las longas pestañas/buscan la hornacina/de la diosa ambarina/.. (y) ante la tarde diosa/a dormirar empiezan,/y, en su idioma desconocido/ le rezan". ¿Contra quién tan irrespetuoso trato? ¿Quiénes son estos personajes que se deslizan por los templos, que tienen que echar al olvido los sueños de noches hermosas y que rezan en idioma desconocido? ¿Es acaso Eguren un anticlerical camuflado en su poesía? ¿Un subversivo contra la fe oficial? Lo cierto es que la candorosidad egureneana es una candorosidad muy especial, muy carnavalesca, muy insinuadora, muy hiriente.

Continuando el tránsito por la poesía egureneana resulta oportuno echarle una mirada a "*Duque*", en él, el poeta refiere el tema de una boda frustrada: la novia queda frente al altar, sufriendo el desplante del novio. El ambiente: una corte saturada del sofisticado colorido y las formalidades palaciegas. Las protagonistas: el duque Nuez y la bella. El poema se inicia como la función de una zarzuela: con el escenario servido tan luego se levanta el telón: "hoy se casa el duque Nuez/ viene el chantre, viene el juez/y con pendones escarlata/florida cabalgata". La opulencia teatral y oropelesca, donde el chantre (esa dignidad religiosa que dirigía el coro en la iglesia), el juez, los nobles y adornados caballeros están listos para cumplir su papel. Luego, aquellos versos que evocan candorosamente el entusiasmo, el criterio de una barra alentando a sus partidarios: "a fã una, a las dos, a las diez;/ que se casa el Duque Primor/ con la hija de Clavo de Olor". ¿Un vocerío que a través de tan baratas expresiones refleja la baratura de su alma? ¿Un sarcástico prelude de la humillación que se avecina? "Y en la capilla está la bella./ Mas no ha venido el duque tras ella". Mientras tanto, lo ridículo llega a sus más elocuentes expresiones: "los magnates postradores,/aduladores/ al suelo el penacho inclinan corvados...". Calificativos evidentes de la forma despectiva, hiriente, caricaturesca e implacable con la cual Eguren mira y trata a ese mundo que, en el poema (y esto es una constante en la poesía egureneana) ha de resultar convertido en un abigarramiento de bufones burlados. Y dando marco al espectáculo: "...la turba melenuda,/estornuda, estornuda, estornuda". ¿La muchedumbre del pueblo confusa y desordenada, deslumbrada, impasible, burlona, cínica? En este poema no hay nada gratuito. Cada palabra, cada imagen va impregnando un color, un tono, un ritmo, una cadencia que aproximan el argumento al sorpresivo e hilarante desenlace: "Y a los pórticos y a los espacios/ mira la novia con ardor,.../ son sus ojos dos topacios/de brillor". La novia trasluce en sus ardientes miradas el sobresalto, la impaciencia, el temor al desplante que se avecina. La alegría de la fiesta se va desmoronando. "Y hacen fieros ademanes,/nobles rojos como alacranes;/ concentrando sus resuellos" Otra vez el latigazo, el calificativo injurioso, el saetazo, el aguijón egureneano contra "ellos", los señores, los postradores, los poderosos, los como alacranes rojos. Hasta que

“grita el más hercúleo de ellos”/ ¿Quién al gran Duque entretiene?... ¡Ya el gran cortejo se irrita!... “Para luego dar el genial brochazo o lanzazo final contra los hazmereír de la comedia: “Pero el Duque no viene;... /se lo ha comido Paquita”. Humor. Mordacidad. Ironía. Burla implacable. ¿Qué significa este cortejo donde el novio, el gran Duque, termina comido por Paquita? ¿Es Paquita una gata o una rata y el Duque un ratón o una galleta? ¿Literatura del absurdo? Para qué especular más. “*El Duque*” es un poema de versatilísima ironía, de lanza egureneana que arremete contra una sociedad de fantoches que él desprecia y denigra. El recurso de la fábula, mediante el cual convierte a los personajes en animales, especies, cosas diversas de elocuente significado: una arma manejada magistralmente por Eguren; si no, recordemos no más algunos trazos de “*Las Bodas Vie-nesas*”, por ejemplo, para no extender demasiado el discurso: Casa de las bagatelas. Infantes oblongos delirando. Rubias gigantes, Cretinos ancianos. Primas beodas. La bárbara y dulce princesa de Viena. La novia coja. Enanos deshechos. Bruma de la pesadilla: visión grotesca, fantasmal, estúpida. Una voz de poeta que hace de la candorosidad una especie de alegoría, de metáfora para expresar su energía, su violenta y demoledora sentencia: y no precisamente sobre un mundo no existente, abstracto, inventado, sino sobre una sociedad existente, concreta, de carne y hueso. ¿Dónde pues el poeta sin compromiso con su contorno social? ¿Dónde pues el sonambulesco enanito musical? Sencillamente, el hombre prudente, tímido; el poeta sólido y verdadero.

La verdad que este trabajo no pretende ser un estudio que agote el tema: apenas una ventana abierta con el propósito de asomar por ella una inquietud. Eguren compartió sus momentos con creadores como González Prada, Chocano (por quien, incluso, firmó el petitorio para su coronación de Poeta Nacional), Valdelomar, Mariátegui, Zulen (el fundador de la Asociación Pro Indígena), Basadre, Falcón (quien acompañara a Mariátegui en su ida a Europa). Bustamante y Babilivian, Carrillo... Y eso es ya bastante decir. Bien vale la pena, pues, aprovechando el tiempo transcurrido, echar una mirada más. Resulta necesario escuchar algunas reflexiones que el propio Eguren escribiera en sus prosas, para conocer al poeta plenamente consciente de su oficio y no a un hacedor de versos por dictado de una hada Madrina: “La idea en la mente humana es un signo dinámico de un proceso anterior. La intuición revelatriz en conjunción con la presencia objetiva y la imagen pretérita, crea lo que denominamos idea. La génesis de la idea reclama la imaginativa de una línea de forma, un elemento atómico espiritual positivo y otro negativo, y un determinante...”. ¿Una clara y definida concepción dialéctica de la creación? La respuesta es obvia. El microcosmos de la producción egureneana tiene la palabra: un mundo anacrónico, agonizante, decadente, aleteando como una plaga del pasado; un presente absurdo y enloquecido: cortes de personajes grotescos y ridículamente poderosos. Pensamientos pálidos. Conductas reprochables. Del choque entre ambos mundos (del pasado y del presente pasadista) se produce la desintegración, el cataclismo, la simbiosis de la cual el poeta toma las formas que requiere. Eguren nos presenta por eso un abigarrado carnaval de comparsas, de muñecons; de colores, de ideas, de formas, de huellas, de misterios que no son otra cosa que su poesía: su juicio de poeta frente a lo que turba su conciencia. Da la sensación, al leer su poesía, que entramos a uno de esos húmedos y fétidos almacenes oscuros de los templos donde se guardan las imágenes envejecidas, destartaladas. Eguren nos habrá de

decir: "Podríamos pensar que de las fuerzas elementales encontradas se realiza un modo orgánico espiritual, que se instrumenta de sonidos, pues no se puede pensar sin la palabra mental... Se diría que la idea tiene vida propia, que puede, crear, pues las sugerencias que produce son una especie de creación. Pero no parece evidente su preexistencia como causa universal, por ser ella creada y obedecer al determinismo de una acción tercera: la causalidad... El ideal es el corazón de la idea". Tales afirmaciones ponen frente a nosotros a un hombre de gran lucidez y conocedor de sus propósitos. ¿Dónde pues el ingenuismo que se atribuye a su poesía? José María Eguren debió mofarse en silencio de aquellos que le atribuían cualidades angélicas y lo predicaban como un niño sorprendido, deslumbrado frente a todo, sin atinar sino a responder con figuritas de juguete de incontaminada imaginaria. Eguren es un poeta trágico, de caminar meditativo y sentencioso. ¡Qué hondos sentimientos debió guardar en secreto, en palabras mudas! Su espíritu inconforme, burlón, disparando flechazos con acertada puntería. Y él apareció siempre desconcertando al adversario, invisible a los ojos del contrincante: camuflado en su ironía poética. "El escepticismo, la inutilidad de las cosas; pensar, no pensar, todo es sufrir. Cada luz es nueva sombra, y un nuevo engaño cada amor. La vida es una hada negra que vuela en la noche. Siendo un alma fatal, lo sabio sería entreternerla, llevándola en avión de alegría o ilustrándola con máximas o viñetas ideales. Detrás una hilera de recuerdos mustios, delante un paisaje al parecer desconocido, en el fondo guarda el horizonte monótono". ¿La fórmula (es un decir) de su poesía? ¿La descripción de su propia obra? Difícil responder que no.

tarea

revista de cultura

nº4

Balace político del Parlamento: R. Ames, E. Bernal, M. Dammert / Imperialismo y canon regional en Moquegua: J. López / Chimbote, gran hervidero humano: La industria pesquera: R. López L. La realidad urbana: T. Muñoz. Siderurgia y movimiento obrero: E. Cáceres y V. Galarreta. Religiosidad popular en Chimbote: D. Irrázaval. Ciriaco Moncada, Hilario M., Esteban de la Cruz: testimonio de tres personajes de Arguedas. Arte y cultura: Guzmán, Ortega, Ojeda, Ramírez Ruiz, Lecca, Colchado.

* * *

Suscripción y canje: Horacio Urteaga 976, Lima 100.
Ap. 2234. Telf: 230935